

**Enrique Gil Calvo**

***El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación***

Madrid, Alianza Editorial, 2004.

Enrique Gil Calvo ha escrito más de quince libros, pero seguramente sea este el más ambicioso de todos ellos, y quizá también el más logrado. Por lo de pronto, hay un par de datos que no debieran pasar desapercibidos: en apenas 300 páginas, el lector curioso podrá contabilizar, si se lo propone, unas 467 citas y alrededor de 370 referencias bibliográficas. Quien haya seguido atentamente la trayectoria de nuestro autor podrá advertir fácilmente que, de todos los textos que ha dado a imprenta, no hay otro más documentado que el presente. Y no por casualidad. Las dos cifras indicadas revelan el decidido empeño de Gil Calvo por dejar constancia de la enorme diversidad de fuentes, de enfoques y de teorías que ha manejado, al tiempo que del cuidado extremo que ha puesto en la trabazón de los (muchos) argumentos que desarrolla. Quizás haya obrado así como compensación al apresuramiento con el que se componen los artículos periodísticos. Quizás como evolución lógica de quien lleva casi tres décadas de estudio tenaz, aprendiendo a base de acumular y destilar conocimientos, a base de prueba y error. Sea como fuere, los datos mencionados avisan de que no estamos ante un mero ensayo, como equívocamente sugiere la colección de Alianza en la que se ha editado, sino ante una genuina y esmeradísima investigación académica.

La elección del título denota asimismo un audaz esfuerzo por no pasar desapercibido. Vale que, en principio, describe una de las hipótesis cardinales del libro, a saber, que los modernos medios de comunicación de masas son mensajeros propagadores del miedo colectivo. Pero al lector avezado no se le escapará que este encabezamiento es también una obvia paráfrasis de *El medio es el mensaje*, el célebre lema que popularizó Marshal McLuhan, el más afamado portavoz (aunque tal vez el menos representativo miembro) de la Escuela de Toronto. Ahora bien, esa evocación resulta falaz respecto al contenido del libro que aquí se comenta, como demuestra el hecho de que la revisión que en él se hace de las aportaciones de la Escuela de Toronto a duras penas alcanza las 20 páginas, y las menciones expresas a McLuhan son mínimas, además de, por lo general, adversas. De modo que la elección del título no se explica como una réplica al canadiense, sino, más bien, como un provocador reclamo para disparar la curiosidad del lector, además de

como un claro anticipo de una hipótesis central.

El objeto que Enrique Gil Calvo selecciona para su estudio en este trabajo corrobora definitivamente la impresión de que estamos ante un libro de alcance singular dentro de su larga bibliografía. Nada menos que la sociedad global, y en su vertiente más escurridiza, la que viene sombreada por la incertidumbre, el riesgo y la inseguridad que alimentan la alarma y el miedo colectivos. Lo cierto es que la magnitud de la empresa no es del todo nueva para nuestro autor: más allá de sus trabajos sobre la sociología del género, de la familia y de la juventud, hay otros, como *Lógica de la libertad* (su primer libro, 1977), *Futuro incierto* (un opúsculo escrito a vuelapluma, 1993) o *El destino* (el que era hasta ahora su trabajo más conseguido, 1995), donde Gil Calvo testimonia ya una franca querencia hacia los grandes temas sociológicos, esos en los que se revelan los maestros de la disciplina, pues les impelen a escudriñar el sino de los tiempos, a discutir, a contrariar y, a veces, a batir también paradigmas, teorías, modelos, métodos.

El libro empieza dibujando un paisaje global amenazante, que es el que emerge con el cambio de milenio, y en el que la inseguridad y el miedo colectivos se extienden como la pólvora debido a la convicción generalizada de que existen imprevisibles amenazas de las que nadie parece estar a salvo. Así las nuevas enfermedades epidémicas, como el sida, el sars o el ébola; los desastres ecológicos, como el del *Prestige*; la sempiterna amenaza nuclear, que ya ha desatado furias como la de Chernóbil; las crisis alimentarias, como la de las *vacas locas*; las crisis humanitarias; los movimientos migratorios masivos; el terrorismo global; la precariedad laboral. De entre todas estas calamidades, los atentados del 11-S y la crisis bursátil de la nueva economía se erigen como los más espectaculares hitos que habrían apuntillado definitivamente la ingenua felicidad de los años 90. Bajo esta premisa, la intriga intelectual de Enrique Gil Calvo le lleva a preguntarse si el miedo colectivo tiene una base real (entonces se trataría de *riesgos reales*), o si, por el contrario, es producto de una mera percepción subjetiva (entonces, *riesgos percibidos*), atribuible quizás a la enorme presión que ejercen las informaciones mediáticas sobre el imaginario colectivo. Con tal fin, nuestro autor pasa revista, en primer lugar, a los dos argumentos que mayor predicamento han adquirido como explicaciones posibles del malestar social: la sociología del riesgo, abanderada por Ulrich Beck; y la tesis de la globalización que fundan, en los años setenta, a partir de las ideas germinales de Immanuel Wallerstein sobre el sistema mundo. Así, mientras que para la sociología del riesgo la inseguridad es consecuencia ineluctable del proceso de modernización, y muy particularmente del desarrollo de la ciencia y la tecnología; para los teóricos de la globalización el culpable del miedo y del malestar no es otro que el capitalismo tecnológico-financiero. Pero, en ambos casos —denuncia Gil Calvo—, se trata de explicaciones evolucionistas, lineales y deterministas, que van buscando cabezas de turco a las que imputar el origen del mal, cual si de dos teodiceas negativas se tratase.

La hipótesis propuesta por Gil Calvo señala también a la globalización como la causante última y decisiva, directa e indirectamente, del miedo o malestar colectivo. La razón que aduce resulta, sin embargo, mucho más simple, y desde luego mucho más inocente, que las dos anteriores. La clave reside en el concepto mismo de globalización. Para él, la globalización debe definirse de acuerdo a su aspecto más elemental: el

incremento de la productividad de las comunicaciones físicas y sociales (es decir, de transporte y de información) y, en consecuencia, la multiplicación de la densidad y de la frecuencia de las interacciones individuales y colectivas, próximas y distantes. Un planteamiento, por cierto, de reminiscencias simmelianas, y que de nuevo confirma el talante permeable de quien, siendo un notorio representante del enfoque de la elección racional, acude ahora conciliadoramente a un enfoque más bien estructural y afín a la sociología de redes, pero fuera de todo determinismo y de toda explicación monocausal.

Así entendida, la globalización conlleva la emergencia de efectos imprevistos y no intencionados, reales y percibidos. Algunos, de signo positivo, como la mayor libertad individual para moverse y para relacionarse. Otros, en cambio, de signo negativo, como es la elevación del grado de interdependencia, que es la base última de la que se alimentan la incertidumbre, el desconocimiento, y, a la postre, el malestar o miedo colectivo. Pues es evidente que una extensa, tupida y variada red de interacciones supone, de manera directa, una mayor probabilidad de que se produzcan crisis o catástrofes efectivas (riesgos reales), al tiempo que dificulta su previsión y su control por parte de las instituciones que tradicionalmente venían regulando la vida social (la religión y, sobre todo, el estado nación). Semejante red interactiva entorpece asimismo la posibilidad de calcular a medio y largo plazo las consecuencias de cualquier acción, ya sea individual o colectiva, propia o ajena. De ahí que Gil Calvo califique con el rótulo de *maltusiana* a esta globalización, pues, mientras que las interacciones aumentan aritméticamente, los riesgos lo hacen de forma geométrica y, por eso, impredecible. Es así hasta el punto de que esta red global de interacciones fundamenta una nueva realidad objetiva, *emergente*, que es distinta a las otras dos realidades objetivas, la *natural* (estudiada por los científicos experimentales), y la *racional* (la que, en el campo de las ciencias sociales, es diseccionada habitualmente mediante el individualismo metodológico). A diferencia de esta dos realidades objetivas, la realidad que emerge de las interacciones globales no es visible ni previsible, y sólo cabe referirse a ella cuando se corporiza en un momento y en un lugar determinados (también imprevisibles). No es otra cosa, pues, que un *efecto-composición*, es decir, un macro-estado de equilibrio que surge espontáneamente como consecuencia no intencionada ni prevista de la agregación colectiva de los micro-comportamientos individuales y grupales. Por eso constituye una fuente continua de riesgo real, directo, y por eso bien pudiera haberse bautizado con el nombre de realidad *cuántica*. Nuestro autor, sin embargo, ha preferido denominarla *realidad cimarrona* (o emergente), para subrayar lo ingobernable que resulta.

De manera indirecta, la globalización confiere una extraordinaria capacidad a los medios de comunicación de masas para transmitir información con alta frecuencia y a larga distancia. Análogamente, contribuye a la circulación global de lo que Noelle-Neumann había denominado *climas de opinión*, los cuales, bajo la óptica de Gil Calvo, son productos agregados del total de expectativas colectivas de futuro, y que emergen por *efecto-composición* de la red de comunicantes, de manera espontánea, incontrolada e incontrolable (por mucho que los medios traten de inducir estos climas mediante el debate, los escándalos o los acontecimientos mediáticos). Pues bien, en la sociedad global, lo peculiar de los medios y de los climas de opinión (que conforman, en definitiva, la opinión pública) es que no sólo transmiten los riesgos reales, sino que también los

amplifican, los transforman e, incluso, crean sus propios riesgos. Como consecuencia de todo ello, provocan un estado de alarma colectiva (riesgos percibidos) que no siempre se ajustan a la realidad. Sucede así por la propia naturaleza de la opinión pública, esto es, la de los medios y la de los climas. Como se ha dicho, su misión no es otra que la generar expectativas colectivas de futuro, normalmente alertando de los peligros, para prevenirse de ellos, tal y como hacen los reguladores sociales de la cibernética propuestos por Ashby en los años 60, y al que, tras muchas vueltas, acude de nuevo Gil Calvo. Pero, para alertar eficazmente de los peligros, los medios y los climas no pueden limitarse a describir la realidad visible (pues es la menos amenazante), sino que también, y sobre todo, deben intentar descubrir, anticipándolos (a veces erróneamente, a veces interesadamente), los peligros provenientes de la realidad cimarrona. De ahí que el trágico destino de la opinión pública en la sociedad global sea el de ser mensajera del miedo colectivo, de un miedo que resulta finalmente ingobernable por el propio carácter emergente de los climas de opinión. Trágico, además, porque, tratando de evitar el peligro, alimenta el miedo, y, al alimentar el miedo, alimenta también la sensación de inseguridad que, llegado el caso, puede justificar la limitación consentida de las libertades civiles.

ROBERTO LUCIANO BARBEITO  
*Universidad Rey Juan Carlos*